

Solo en cuanto juzgamos que él padece, padecemos nosotros y padecemos en él, no en nosotros. De manera que ninguno se vuelve sensible hasta que se anima su imaginacion, y empieza á trasladarle fuera de sí propio.

¿Pues qué tenemos que hacer para excitar y mantener esta naciente sensibilidad, y para guiarla y seguirla en su natural declive, sino es presentar al mozo objetos en que pueda obrar la fuerza expansiva de su corazon, que le dilaten y le esplayen en los demás seres, que hagan que en todas partes se halle fuera de sí; desviar con esmero los que le coartan, le reconcentran y ponen tirante el muelle del yo humano; quiero decir, en términos mas claros, excitar en él la bondad, la humanidad, la conmiseracion, la beneficencia, todas las alhagüeñas y suaves pasiones que naturalmente agradan á los hombres, y estorban que nazcan la envidia, la codicia, el rencor, todas las pasiones crueles y repulsivas, que no solo hacen, por decirlo así, nula, sino tambien negativa la sensibilidad, y son perpétuo torcedor de quien las experimenta.

Creo que puedo resumir todas las reflexiones anteriores en dos ó tres máximas concisas, claras y fáciles de comprender.

*Máxima primera.*

«No es propiedad del corazon humano ponerse en el lugar de los que son mas felices que nosotros; pero si en el de los que son mas dignos de compasion.»

Si se encuentran excepciones á esta máxima, son mas aparentes que reales. Así que nadie se sustituye en lugar del rico ó del potentado con quien se estrecha; y aun cuando es sincera esta intimidad, no hace otra cosa que apropiarse parte de su bienestar. Algunas veces es amado aquel en su desgracia; pero mientras está en prosperidad no tiene otro amigo verdadero que quien, sin dejarse llevar de las apariencias, no obstante su prosperidad, mas le compadece que le envidia.

Nos mueve la felicidad de ciertos estados de la vida rústica y pastoral, por ejemplo. La envidia no envenena el embeleso de contemplar felices estos buenos za-

gales, y verdaderamente nos interesan. ¿Por qué? Porque reconocemos ser árbitros de bajar á este estado de inocencia y serenidad que solo ideas gratas excita, y que para poder disfrutarle, con querer basta. Siempre gusta ver sus recursos, contemplar su propio caudal, aun cuando no se quiera hacer uso de él.

De aquí se infiere que para excitar á un mozo á que sea humano, lejos de hacer que admirado contemple el brillante destino de los demás, es menester enseñarsele por su aspecto triste, y hacérsele temer. Entonces por una evidente consecuencia se debe allanar él una vereda para la felicidad, sin seguir las huellas de nadie.

*Máxima segunda.*

«Solo se compadecen en otro aquellos males de que uno mismo no se reputa exento.»

Non ignara mali, miseris succurrere disco (1).

No conozco cosa mas hermosa, mas profunda, mas afectuosa, mas cierta, que este verso.

¿Por qué no tienen compasion los reyes de sus vasallos? Porque cuentan con que nunca han de ser hombres. ¿Por qué son tan duros los ricos con los pobres? Porque no tienen miedo de llegar á serlo. ¿Por qué desprecia tanto la nobleza á la plebe? Porque nunca un noble será plebeyo. ¿Por qué son generalmente los turcos mas humanos, mas hospitalarios que nosotros? Porque como en su gobierno totalmente arbitrario siempre son precarias y vacilantes la fortuna y el poder de los particulares, no contemplan el abatimiento y la miseria como un estado que es ajeno de ellos (2); mañana puede ser cada uno lo que hoy es aquel á quien favorece. Esta reflexion que sin cesar se repite en las novelas orientales, les comunica no sé qué ternura que no encuentra el lector en todos los aderezos de nuestra seca moral.

(1) No bisona en desdichas, á los tristes  
Aprendí á socorrer.

Vinc. *Eneid.* lib. I.

(2) Parece que esto empieza á mudar: las condiciones van siendo mas estables, y mas duros tambien los hombres.



No acostumbréis, pues, á vuestro alumno á que desde el ápice de su gloria contemple las penas de los afligidos, los afanes de los miserables, ni esperéis enseñarle á que de ellos se compadezca, si los mira como ajenos. Hacedle entender que la suerte de estos desventurados puede ser la suya: que todos sus males le pueden sobrevenir: que mil casos inevitables y no previstos le pueden sumir en ellos de un instante á otro. Enseñadle á que no mire como estables la cuna, la salud, ni las riquezas: hacedle ver todas las vicisitudes de la fortuna: presentadle ejemplos, siempre demasiado frecuentes, de personas que de puesto mas encumbrado que el suyo, han caido en abismo mas hondo que aquel en que ve á estos desventurados: poco importa que haya ó no sido por su culpa; ahora no se trata de eso, ni él sabe todavía qué cosa es culpa. No excedais nunca la esfera de sus conocimientos, ni le ilumineis con otras luces que las proporcionadas á su capacidad: no necesita saber mucho para conocer que no le puede responder toda la prudencia humana de si dentro de una hora ha de estar vivo ó muerto; de si antes que sea noche no le hará crujir los dientes el dolor nefritico; si dentro de un mes ha de ser rico ó pobre; si dentro de un año estará remando y aguantando el rebenque en una galera argelina. Y no le digais todo esto con frialdad, como si le enseñaseis la doctrina cristiana; vea, sienta las humanas calamidades; removed, atemorizad su imaginacion con los peligros que sin cesar cercan á todo mortal; contemple en torno suyo abiertas todas estas insondables simas, y estréchese con vos al oiros describirlas, de miedo de despeñarse en sus abismos. Así le haremos tímido y medroso, direis. Luego veremos; mas por ahora empecemos haciéndole humano, que es lo que mas nos importa.

*Máxima tercera.*

«La compasion que tenemos del mal ajeno, no se mide por la cantidad de este mal, sino por el sentimiento que atribuimos á los que le padecen.»

Tanto compadecemos á un desdichado, cuanto creemos que él se reputa digno de compasion. Mas limita-

do de lo que parece es el sentimiento fisico de nuestros males; mas por lo que verdaderamente somos dignos de lástima, es por la memoria que nos hace sentir su continuidad, y por la imaginacion que los extiende al tiempo venidero. Esta pienso yo que es una de las causas que nos endurecen con los males de los animales mas que con los de los hombres, aunque igualmente nos debiera identificar con ellos la comun sensibilidad. No nos dolemos de una mula que está en su caballeriza, porque no presumimos que mientras come el pienso, contemple los palos que ha recibido y las fatigas que la esperan. Tampoco nos dolemos de un carnero que vemos paciendo, aunque sepamos que en breve ha de ser degollado, porque juzgamos que no prevee su suerte. Así nos endurecemos por extension sobre el destino de los hombres, y se consuelan los ricos del mal que hacen á los pobres, suponiéndolos tan estúpidos que no le sienten. Generalmente estimo yo lo que aprecia cada uno la felicidad de sus semejantes, por el caso que me parece hace de ellos. Cosa natural es valuar en poco la dicha de las personas que uno tiene en poco. Así nos os choque que los políticos traten con tanto desdoro al pueblo, ni que afecten la mayor parte de los filósofos que tienen por tan malo al hombre.

El pueblo es lo que compone el linage humano; es tan poco lo que no es pueblo, que no vale la pena de contarse. El hombre es el mismo en todas las condiciones; y si es así, las mas numerosas son las que mas respeto merecen. A los ojos de un pensador desaparecen todas las distinciones civiles: las mismas pasiones, los mismos afectos ve en un sujeto ilustre que en un gallo; solo distingue el estilo, y un colorido con mas ó menos adornos; si alguna diferencia esencial los separa, es en detrimento de los mas disimulados. La plebe se manifiesta como ella es, y no es amable; pero es fuerza que los hombres decentes se disfracen: si se dejasen ver como ellos son, causarían horror.

Tambien dicen nuestros sabios que hay la misma dosis de pena y de bienestar en todas las condiciones. Máxima tan absurda como imposible de sustentar, porque, si todos son felices en igual grado, ¿qué necesidad



tengo yo de incomodarme por nadie? Quédesse cada uno como está; maltraten al esclavo, padezca el enfermo, perezca el desvalido; que nada consiguen con mudar de estado. Hacen una enumeracion de las penas del rico, y manifiestan la vaciedad de sus contentos: ¡qué torpe sofisma! Las penas del rico no provienen de su estado, sino de él solo que abusa de su condicion. Aunque fuera todavía mas desventurado que el pobre, no seria digno de compasion, porque todos sus males son obra suya, y está en su mano ser feliz; mas las penalidades del miserable le vienen de las cosas, del rigor de la suerte que sobre él se agrava. No hay costumbre que pueda quitarle el sentimiento físico de la fatiga, del desfallecimiento, del hambre: ni el entendimiento recto, ni la sabiduria, valen para eximirle de los males de su estado. ¿Qué adelanta Epiceteto con preveer que su amo le va á romper una pierna? ¿Deja de romperse-la por eso? Con su mal junta el de la prevision. Aunque fuera la plebe tan inteligente como estúpida la suponemos, ¿qué otra cosa pudiera ser de lo que es? ¿Qué otra cosa pudiera hacer de lo que hace? Estudiad las personas de esta clase, y vereis que con otro estilo tienen tanta perspicacia y mas razon que vosotros. Respetad vuestra especie; considerad que esencialmente consta de la coleccion de pueblos; y que aun cuando se quitaran de ellos todos los reyes y todos los filósofos, poco se echaria de ver, y no andaria peor el mundo. En una palabra, enseñad á vuestro alumno á que ame á todos los hombres, hasta á los que los desestiman; haced que no se coloque en clase ninguna, sino que en todas se halle; hablad en su presencia con ternura del género humano, con lástima á veces, mas nunca con desprecio. Hombre, no deshonres al hombre.

Por estas veredas y otras semejantes, bien opuestas á las trilladas, conviene introducirse en el corazon del mancebo para excitar en él los primeros movimientos de la naturaleza, para desenvolverse y dilatarse respecto á sus semejantes. Importa tambien que con estos movimientos vaya mezclado cuanto menos interés personal fuere posible, especialmente ni vanidad, ni emulacion, ni vanagloria, ni ninguno de aquellos afec-

tos que nos fuerzan á compararnos con lo demás; porque nunca se hacen estas comparaciones sin cierta impresion de ódio contra aquellos que, aunque no sea mas que en nuestra estimacion propia, nos disputan la preferencia. Fuerza es entonces cegarse ó enojarse, ser un tonto ó un perverso: procuremos evitar esta alternativa. Tarde ó temprano, dicen, se han de encender estas peligrosas pasiones, mal que nos pese. No lo niego; cada cosa tiene su tiempo y lugar; solo digo que no debemos contribuir á su nacimiento.

Este es el espíritu del método que conviene prescribirse. Aquí son inútiles los circunstanciados ejemplos, porque empieza ya la division casi infinita de caracteres; y cada ejemplo que yo diese, acaso no convendria á uno entre cien mil. De esta edad empieza tambien en el maestro hábil la verdadera funcion de observador y de filósofo, que sabe el arte de sondear los corazones mientras se afana en formarlos. En tanto que todavía no piensa en disfrazarse, porque aun no lo ha aprendido el mozo, á cada objeto que le presentan se echa de ver en su ademan, en sus ojos, en sus acciones, la impresion que en él hace; en su semblante se leen todos los movimientos de su alma: á puro acecharlos, se consigue preveerlos y al cabo dirigirlos.

Generalmente se nota que la sangre, las heridas, los gritos, los gemidos, el aparato de las operaciones dolorosas, y todo cuanto trasmite á los sentidos objetos que sufren, embarga mas pronta y generalmente á todos los hombres. Como la idea de destruccion es mas compuesta, no hace la misma impresion; mas tarde y con menos vigor mueve la idea de la muerte, porque nadie ha hecho la experiencia de morir; es preciso haber visto cadáveres, para sentir las congojas de los agonizantes. Pero cuando una vez se ha formado bien en nuestro ánimo esta imágen, no hay espectáculo mas horrible á nuestros ojos, ya sea á causa de la idea de total destruccion que entonces presenta á los sentidos, ó ya porque sabiendo que es inevitable este instante para todos, se siente uno conmovido mas vivamente con una situacion que está cierto no puede menos de ser la suya algun dia.



Estas diversas impresiones tienen sus modificaciones y sus grados, que penden del carácter particular de cada individuo y de sus anteriores hábitos; pero son universales, y nadie está totalmente exento de ellas. Unas hay mas tardías y menos generales, que son mas peculiares de los pechos sensibles; estas son las que se reciben de las penas morales, de los dolores internos, de las aficciones, de las largas pesadumbres, de la tristeza. Hombres hay que solo los mueven gritos y llantos; nunca les arrancaron un suspiro los sordos y dilatados sollozos de un pecho sofocado de pesar; nunca la presencia de un andar abatido, de un rostro macilento y aplomado, de unos ojos amortecidos y exhaustos ya de lágrimas, los han hecho llorar; nada significan para ellos las penas del ánimo; el suyo nada siente; echadles el fallo; no esperéis de ellos otra cosa que inflexible rigor, dureza de corazón y crueldad. Integros y justos podrán ser, mas nunca clementes, generosos y piadosos. Digo que podrán ser justos, si es posible que lo sea el hombre no misericordioso.

No os deis, sin embargo, prisa á juzgar de los mozos por esta regla, especialmente de los que educados como deben serlo, no tienen ninguna idea de las penas morales, que nunca les han causado; porque repito que solo pueden compadecer los males que conocen; y esta aparente insensibilidad, que solo procede de ignorancia, en breve se convierte en ternura, así que empiezan á sentir que en la vida humana hay mil dueños que no conocian. En cuanto á mi Emilio, como en su niñez ha tenido sencillez y recto discernimiento, cierto estoy de que tendrá sensibilidad y alma cuando sea grande, porque la verdad de los afectos tiene íntima conexión con lo justo de las ideas.

¿Pero á qué viene recordarlo aquí? Mas de un lector, sin duda, me echará en cara que olvido mi resolución primera, y que he prometido á mi alumno una constante felicidad. Desventurados, moribundos, espectáculos de miseria y dolor, ¡qué felicidad, qué gustos para un corazón que empieza á vivir! Su triste institutor, que tan plácida educación le destinaba, solo le ha hecho nacer para que sufra. Esto dirán: ¿y qué me importa?

Hacerle feliz es lo que yo he prometido, y no hacer que lo pareciese. ¿Es culpa mia, si alucinados siempre por la apariencia, se os antoja la realidad?

Consideremos á dos mancebos que han concluido su primera educación, y entran en el mundo por dos puertas opuestas. De repente se encarama el uno al Olimpo, se introduce en la mas lucida sociedad; le llevan á la corte, á las casas de los grandes, de los ricos, de las lindas damas. En todas partes supongo que le obsequian, y no examino el efecto que estos agasajos hacen en su razon; quiero que los resista. Vuelan á encontrarle los deleites; cada dia le divierten objetos nuevos, y á todo se entrega con un interés que os cautiva. Le veis atento, diligente, curioso; os impresiona su admiración primera; presumís que está contento; pero contemplad la situación de su alma; creis que goza, y yo creo que padece.

¿Qué es lo que mira así que abre los ojos? Una muchedumbre de pretendidos bienes que no conocia, cuya mayor parte solo un instante están á su disposición, y que parece se le muestran solo para que su privación le cause mas desconsuelo. Si se pasea en un palacio, su inquieta curiosidad hace ver que se enoja en su interior, porque no es así la casa de sus padres. Todas sus preguntas os dan á entender que sin cesar se compara con el amo de esta casa; y todo cuanto en este paralelo se queda él inferior, aumenta su vanidad irritándola. Si encuentra un mozo mejor vestido que él, le veo que en secreto murmura de la avaricia de sus padres. ¿Lleva él ropa de mas precio? Tiene el sentimiento de ver que otro le eclipsa ó por su cuna, ó por su ingenio, y que están desairadas todas sus galas al lado de un vestido de paño comun. ¿Luce él solo en una tertulia? ¿Se pone en puntillas para que le vean mejor? ¿Quién no se encuentra con una secreta disposición á censurar el ufano y vanidoso ademán de un mozuelo presumido? En breve se mancomuna todo: inquiétanle las miradas de un hombre grave; no tardan en llegar á sus oídos las burlas de un zumbon mordaz; y aunque solo uno le desdeñase, el menosprecio de este envenena al momento los aplausos de los demás.



Démosele todo, no le escaseemos ni el mérito, ni las gracias; sea buen mozo, agudo, amable, obsequiado de las mujeres; pero como le obsequian antes que él las quiera, mas pronto le volverán loco que enamorado: tendrá aventuras, pero no ardor ni pasión para disfrutar de ellas. Siempre adivinados sus deseos, sin tener nunca tiempo para que nazcan en el seno de los deleites, solo siente el quebranto de la sujecion: el sexo destinado á hacer feliz al suyo le harta y fastidia, antes de conocerle; si sigue tratándole, no es mas que por vanidad; y aun cuando le tomara verdadera afición, no será el único mozo, el único brillante, el único amable, ni serán siempre unas Artemisas sus damas.

Nada digo de los chismes, alevosias, bastardías, y todo género de pesares imprescindibles de semejante vida. La experiencia del mundo cansa de él; solo hablo de los quebrantos anejos á la ilusion primera.

¡Qué contraposicion para el que, encerrado en el seno de su familia y sus amigos, se ha visto único objeto de todas sus atenciones, y se mete de repente en un orden de cosas en que es tenido en tan poco, que se encuentra como anegado en una esfera extraña, el que por tanto tiempo fué el centro de la suya! ¡Cuántas afrentas, cuántos desaires ha de aguantar, antes que pierda entre los extraños las preocupaciones de su mucha valía, que le inspiraron y alimentaron en él los suyos! Cuando niño, todo le cedia, todo acudia en torno de él á su mandado: mozo, tiene que ceder á todo el mundo; y si se descuida un poco y conserva su antiguo porte, ¡con cuán duras lecciones se va á ver precisado á volver en sí! El hábito de alcanzar con facilidad el objeto de sus deseos le incita á desear mucho, y hace que sienta privaciones continuas. Todo cuanto le agrada se le antoja; cuanto tienen los otros quisiera tenerlo él; todo lo codicia, á todo el mundo envidia, en todas partes quisiera dominar; le roe la vanidad; su corazon novel se inflama en ardor de desenfundados deseos; con ellos se engendran el rencor y los celos; de consuno toman vuelo todas las voraces pasiones; su agitacion le acompaña en el tráfigo del mundo; le sigue todas las noches á su morada; entra desazonado consigo y con

los demás; duérmese lleno de cien proyectos vanos, desasosegado con mil fantasias; y hasta en sus sueños le retrata su soberbia los ilusorios bienes, cuyo deseo le acongoja, y que no ha de poseer en su vida. Este es vuestro alumno: veamos el mio.

Si es un objeto de tristeza el primer espectáculo que en él hace impresion, luego que vuelve en sí, es contento lo primero que siente. Al ver de cuántos males está exento, siente que es mas feliz de lo que creía. Participa de las penas de sus semejantes, pero esta participacion es voluntaria y suave. A un tiempo disfruta de la compasion que tiene á sus males, y de la dicha que de ellos le exime: se siente en aquel estado de fuerza que nos explaya mas allá de nosotros, y hace que coloquemos en otra parte la actividad supérflua para nuestro bienestar. Sin duda para dolerse del mal ajeno, es necesario conocerle, pero no sentirle. Quien ha padecido ó teme padecer, se duele de los que padecen; pero el que está padeciendo, solo se duele de sí. Pues una vez que estando todos sujetos á las miserias de la vida, ninguno reparte con los otros mas sensibilidad que la que al presente no necesita para sí propio, se infiere que debe ser muy suave el afecto de la conmiseracion, porque atestigua en favor nuestro; y por el contrario, siempre es desventurado un hombre duro, pues no le deja su corazon ninguna sensibilidad sobrante que pueda distribuir á los duelos ajenos.

Atribuimos demasiado á felicidad sus apariencias: la suponemos donde menos se halla; la buscamos donde no puede estar: la alegría es señal muy equívoca de dicha. Muchas veces un hombre alegre es un desventurado que procura alucinar á los demás y atolondrarse á sí propio. Esas personas tan risueñas, tan despejadas, tan serenas en una concurrencia, casi todas son tristes y regañonas en su casa, y pagan sus criados la pena de la diversion que dan á sus sociedades. El contento verdadero, ni es alegre, ni bullicioso; celoso de tan suave afecto, quien le disfruta piensa en él, le saborea, teme que se le evapore. Un hombre verdaderamente feliz habla poco, se rie menos, y reconcentra, por decirlo así, la felicidad en torno de su corazon. Los juegos estrepiti-



tosos, la turbulenta alegría encubren el tedio y los desabrimientos; pero la melancolía es amante de las suaves delicias: á los gustos mas dulces los acompañan la ternura y las lágrimas, y hasta el gozo excesivo antes saca llantos que risa.

Si á primera vista parece que contribuyen á la felicidad la variacion y multitud de pasatiempos, y que debe aburrir una vida igual, mirándolo mas atentamente, hallamos que por el contrario el hábito mas suave del ánimo consiste en una moderacion de gozos que deja poco sitio al deseo y al hastío. La inquietud de los deseos engendra la curiosidad y la inconstancia; y el vacío de los deleites turbulentos el aburrimiento. Nunca se aburre de su estado el que no conoce otro mas gustoso. Los salvajes son los menos curiosos y que menos se aburren, de cuantos hombres hay en el mundo; para ellos todo es indiferente: no gozan de las cosas, sino de sí mismos; pasan la vida sin hacer nada, y no se aburren nunca.

El hombre de mundo está todo entero en su mascarilla. Como casi nunca está solo consigo mismo, es un extraño para sí, y no se halla á gusto cuando se ve forzado á entrar en su interior. Para este hombre lo que él es no es nada, lo que parece es el todo.

No puedo menos de figurarme, en el semblante del mozo de que antes he hablado, un no sé qué importuno, melindroso, afectado, que desagrada, que repugna á las personas sin afeite; y en el del mio una interesante y cándida fisonomía, que manifiesta el contento y la verdadera serenidad del ánimo, que inspira estimacion y confianza, y que parece que solo espera los desahogos de la amistad, para brindar con la suya á los que á él se acercan. Creen muchos que la fisonomía es el mero desarrollo de los contornos que ya ha bosquejado la naturaleza. Yo mas bien creyera que además de este desarrollo, se van formando insensiblemente y adquieren fisonomía los rasgos del semblante humano con la frecuente y habitual impresion de ciertas afecciones del ánimo. Señálanse estas afecciones en el rostro, no hay cosa mas cierta; y cuando se convierten en hábitos, deben dejar en él impresiones duraderas. De esta manera

concibo yo que la fisonomía anuncia el carácter, y que alguna vez podemos juzgar de este por aquella, sin meternos en misteriosas explicaciones que suponen conocimientos de que carecemos.

Solo dos afecciones bien señaladas tiene el niño, el gozo y el dolor; se rie ó llora; para él no hay intermedios, pues sin cesar pasa de uno de estos movimientos á otro. Esta alternativa continua estorba que hagan en su rostro ninguna impresion constante, y que adquiera fisonomía; pero en la edad en que mas sensible se conmueve con mayor viveza y constancia, las impresiones ya mas profundas estampan huellas que se borran con gran dificultad; y resulta del estado habitual del ánimo una colocacion de rasgos que el tiempo hace indeleble. No es raro, sin embargo, ver hombres que en diferentes edades mudan de fisonomía. Muchos he visto yo en este caso, y siempre he hallado que los que habia podido seguir y observar bien, habian tambien mudado de pasiones habituales. Esta observacion sola, perfectamente confirmada, me parece decisiva, y no está fuera de su lugar en un tratado de educacion, donde tanto importa juzgar de los movimientos del alma por los signos externos.

No sé si por no haber aprendido á imitar modales de convencion, ni á fingir afectos que no tiene, será menos amable mi mancebo: aqui no tratamos de esto: solo sé que será mas amante; y se me hace muy difícil creer que el que se ama á sí solo pueda disfrazarse tan bien que agrade tanto como el que de su cariño á los demás saca un nuevo sentimiento de felicidad. En cuanto á este mismo sentimiento, presumo que basta con lo dicho para guiar en este punto á un lector de sana razon, y hacer ver que no me contradigo.

Vuelvo por tanto á mi método, y digo: Cuando se acerca la edad crítica, presentad á los mozos espectáculos que los enfrenen y no que los exciten: alucinad su naciente imaginacion con objetos que, lejos de inflamar sus sentidos, repriman su actividad. Desviadlos de los pueblos grandes, donde el inmodesto traje de las mujeres acelera y adelanta las lecciones de la naturaleza; donde todo presenta á sus ojos deleites que no deben



conocer hasta que sepan escogerlos. Traedlos á su primera morada, donde la sencillez rústica no deja que las pasiones de su edad se desenvuelvan con tanta prontitud; ó si los retiene en la ciudad su afición á las artes, precaved con esta misma afición una ociosidad peligrosa. Escoged con esmero sus sociedades, sus ocupaciones y sus pasatiempos: enseñadles solo pinturas halagüeñas, pero modestas, que los conmuevan sin seducirlos, y que ceben su sensibilidad sin agitar sus sentidos. Considerad tambien que en todo hay excesos que temer, y que siempre las pasiones sin moderacion causan mayores daños de los que se desea evitar. No se trata de hacer de vuestro alumno un enfermero, de afligir su vista con objetos continuos de penas y quebrantos, de llevarle de enfermo á enfermo, de hospital en hospital, del patíbulo á la cárcel: apiadarle, y no endurecerle con la escena de las humanas miserias, es lo que conviene. Si se le presentan mucho tiempo los mismos espectáculos, no sentirá la impresion de ellos, que á todo nos acostumbra el hábito; lo que se ve con frecuencia no se imagina, y la imaginación sola es la que hace que sintamos los ajenos males: así á puro ver morir y padecer, se tornan inhumanos los médicos y los clérigos. Conozca vuestro alumno la suerte del hombre y las miserias de sus semejantes, pero no las presencie á cada paso. Un objeto tan solo bien escogido y manifestado bajo el punto de vista que conviene, le dará materia para enternecerse y reflexionar por espacio de un mes. No tanto lo que vé, como el recapacitar lo que ha visto, es lo que determina el juicio que de ello forma; y la impresion duradera que recibe de un objeto, menos procede del objeto mismo, que del punto de vista bajo el cual se le excita á que se acuerde de él. Así valiéndoos con economía de ejemplos, imágenes y lecciones, embotareis por mucho tiempo el aguijon de los sentidos, y entretendreis la naturaleza, siguiendo sus propias direcciones.

Conforme vaya adquiriendo luces, escoged ideas que á ellas se refieran; al paso que se inflaman sus deseos, buscad imágenes á propósito para reprimirlos. Un militar anciano, estimado no menos por sus costumbres que

por su valor, me contó que siendo jóven, su padre, hombre de razon, pero devoto, viendo que su temperamento naciente le arrastraba hácia las mujeres, nada omitió para contenerle; pero conociendo al fin que á pesar de todos sus afanes nada conseguia, se resolvió á llevarle á un hospital de sífilíticos, y sin prevenirselo le metió en una sala donde con curas horrorosas espiaba una muchedumbre de estos desventurados los desórdenes que las habian motivado. A la vista de escena tan asquerosa, que repugnaba á todos los sentidos, casi se cayó el mozo desmayado. «Anda, miserable disoluto, dijole entonces con tono vehemente su padre, sigue la villana inclinacion que te arrastra; en breve será mucha fortuna la tuya, si te admiten en esta sala, donde víctima de las dolencias mas infames, precisarás á tu padre á que dé gracias á Dios por tu muerte.» Juntas estas ciertas razones con el enérgico espectáculo que se le presentaba, tanta impresion le hicieron que nunca se le borró. Condenado por su profesion á pasar su mocedad en guarniciones, quiso mejor aguantar la mofa de sus camaradas, que imitar su disolucion. «He sido hombre, me dijo, he tenido flaquezas; pero nunca he podido mirar sin horror una mujer pública.» Maestro, pocos razonamientos; aprended á escoger los sitios, los tiempos, las personas: dad luego vuestras lecciones en ejemplos, y estad cierto de su eficacia.

De poca importancia es el empleo de la niñez: lo malo que en ella se introduce tiene remedio, y lo bueno que se hace se puede hacer mas tarde. Pero no sucede lo mismo en la primera edad en que verdaderamente empieza á vivir el hombre. Nunca dura esta edad lo suficiente para el uso que de ella debe hacerse; y exige su importancia una continuada solicitud: por eso insisto tanto en el arte de prolongarla. Uno de los mejores preceptos de la buena cultura es retardarlo todo cuando fuere posible. Haced lentos y seguros los adelantos; estorbad que se haga hombre el mancebo cuando nada le falta ya para serlo. Mientras crece el cuerpo, se forman y se elaboran los espíritus destinados á dar fuerza á las fibras y bálsamos á la sangre: si haceis que tomen distinto curso, y que lo que estaba



destinado á la perfeccion de un individuo sirva para la formacion de otro, permanecen ambos en un estado de flaqueza, y se queda imperfecta la obra de la naturaleza. Tambien las operaciones intelectuales se resienten de esta alteracion, y tan endeble el alma como el cuerpo, solo desempeña funciones desmayadas y flacas. Ni el valor ni el ingenio penden de miembros fuertes y robustos; y bien concibo que no acompañe la fuerza del ánimo á la del cuerpo, si no están bien dispuestos por otra parte los desconocidos órganos de la comunicacion de ambas sustancias; empero, aunque fuere buena la disposicion mútua de estos, siempre obrarán sin energia, si no tienen otro principio que una sangre apurada, empobrecida y privada de aquella sustancia que da accion y fuerza á todos los muelles de la máquina. Generalmente se nota mas vigor de alma en los hombres que en su mocedad se preservaron de una corrupcion prematura, que en aquellos cuyo desórden empezó en cuanto se pudieron abandonar á él; y esta es sin duda una de las causas porque exceden comunmente en valor y razon los pueblos de sanas costumbres á los que las tienen estragadas. Estos se lucen únicamente en no sé qué mezquinas dotes delicadas y menudas que llaman ellos agudeza, sagacidad, sutileza; pero las vastas y nobles funciones de sabiduría y razon que honran y distinguen al hombre con dignas acciones, con virtudes, con afanes verdaderamente útiles, no se hallan mas que en los primeros.

Lamentan los maestros que el ardor de esta edad hace la mocedad indisciplinable, y bien veo que es así: ¿pero no es de ellos la culpa? ¿No saben que en cuanto han dejado que corra esta llama por los sentidos, no es posible darla otra direccion? ¿Los frios y pesados sermones de un pedante borrarán en el espíritu de su alumno la imágen de los deleites que ha concebido? ¿Desterrarán los deseos que atormentan su corazón? ¿Amortiguarán el ardor de un temperamento cuyo uso sabe? ¿No se irritará contra los estorbos que se oponen á la única felicidad de que tiene idea? ¿Y qué otra cosa verá en la dura ley que le prescriben sin poder hacer que la entienda, que la enemiga y la voluntariedad de un hom-

bre que se afana por atormentarle? ¿Es extraño que reciprocamente se enoje él y le aborrezca?

Bien se que haciéndose fácil puede hacerse uno mismo insufrible, y conservar una autoridad aparente: pero no veo para qué sirva la autoridad que el ayo conserva en su alumno fomentando los vicios que debería enfrenar; es como si, por calmar un fogoso caballo, le hostigara el picador á que se tirara por un despenadero.

Este ardor de la adolescencia lejos de ser un impedimento para la educacion, por él se perfecciona y se perfila; él es quien da un asidero en el corazón de un mozo, cuando llega á ser mas fuerte que vos. Sus afeciones primeras son las riendas con que dirigis todos sus movimientos; libre era, y ya le veo esclavizado. Mientras que nada amaba, solamente dependia de si propio y de sus necesidades; así que ama, depende de su cariño. De este modo se forman los vínculos primeros que le estrechan con su especie. No os figureis que dirigiendo á esta su sensibilidad naciente, abrace al principio á todos los hombres, y que la expresion de linaje humano signifique algo para él. No, que primero se ceñirá esta sensibilidad á sus semejantes, y para él sus semejantes no son las personas desconocidas sino aquellas con quienes tiene intimidad; las que la costumbre le ha hecho que quiera ó que necesite; las que ve con evidencia que tienen modos de pensar y de sentir como los suyos; las que están expuestas á las penas que ha padecido, y que se complacen en los contentos que ha disfrutado; en una palabra, aquellas en quienes para él es mas notoria la identidad de naturaleza, y por tanto, tiene mas inclinacion á quererlas. Antes de haber cultivado de mil maneras su índole, y de hacer repetidas reflexiones acerca de sus propios afectos y de los que observe en los demás, podrá llegar á generalizar sus nociones individuales bajo la idea abstracta de humanidad, y á reunir á sus particulares afeciones las demás que pueden completamente identificarle con su especie.

Haciéndose capaz de cariño, se hace sensible al de los demás, y por lo mismo atento á las señales de este



cariño (1). ¿Veis qué nuevo imperio vais á granjearos en él? ¡Con cuántas cadenas habeis ceñido su corazon, antes que él lo echase de ver! ¡Qué ha de sentir cuando mirando por sí contemple lo que habeis hecho por él, cuando se pueda comparar con los demás mancebos de su edad, y compararos á vos con los otros ayos! Digo cuando él lo vea; pero tened cuenta con no decirselo, que entonces no lo verá él. Si exigis de él obediencia en pago de los afanes que por él os habeis tomado, pensará que le habeis cogido en un lazo, y dirá entre sí que, cuando fingiais servirle sin interés, pretendiais cargarle con una deuda, y atarle con un contrato sin su consentimiento. Vano será alegar que lo que exigis de él es por su bien: al cabo exigis, y exigis en virtud de lo que sin contar con él habeis hecho en su beneficio. Cuando un desventurado toma el dinero que fingen darle, y se encuentra comprometido contra su voluntad, lamentais la injusticia: ¿pues no sois todavia mas injusto cuando pretendéis que pague vuestro alumno el valor de afanes que no habia admitido?

La ingratitud seria mas rara si fueran menos frecuentes los beneficios á usura. Lo que nos hace bien lo amamos; ¡es un afecto tan natural! La ingratitud no se alberga en el corazon humano, mas sí el interés; y menos hay favorecidos ingratos, que bienhechores interesados. Si me vendeis vuestras dádivas, ajustaré el precio que por ellas quiero pagar; pero si fingís que me dais para venderme luego á como queráis, cometeis un fraude; pues lo que hace inapreciables los dones, es que sean gratuitos. El corazon solo admite leyes de sí propio: el que quiere encadenarle le da suelta, y quien le deja libre le encadena.

Cuando tira el pescador el cebo al agua, viene el pez, y se está quieto sin recelo; pero cuando cogido del anzuelo que el cebo escondia, siente que tiran, procura

(1) El cariño puede existir sin correspondencia, no así la amistad, que es un permuta, un contrato como los demás, pero el mas sagrado de todos. La palabra amigo no tiene otro correlativo que ella misma. Es un pecado todo hombre que no es amigo de su amigo; porque no se puede granjear la amistad como no sea pagándola, ó fingiendo que se paga.

escaparse. ¿Es el pescador el bienhechor, y el pez el ingrato? ¿Se ha visto alguno que olvide á su bienhechor aun cuando este no se acuerde de él? Por el contrario, siempre habla de él con gusto, no piensa en él sin enternecerse: si halla ocasion para hacerle ver, con algun inesperado servicio, que se acuerda de los suyos, ¡con qué júbilo interior satisface entonces su gratitud! ¡con cuánto alborozo se da á conocer! ¡con qué gozo dice: ya es llegada mi vez! Esta es la voz de la naturaleza, que nunca hubo quien pagase con ingratitud un beneficio verdadero.

Pues si la ingratitud es un afecto natural, y no destruis por culpa vuestra su eficacia, estad cierto de que cuando empiece vuestro alumno á conocer lo que valen vuestros afanes, será agradecido, con tal que vos mismo no les pongais precio, y que os granjearán en su corazon una autoridad que nada podrá destruir. Pero antes que consigais esta ventaja, tened cuenta con no privaros de ella alegándole su valor. Ensalzarle vuestros servicios, es hacérselos inaguantables; y olvidaros de ellos, es acordárselos. No menteis nunca lo que os debe, sino lo que á sí propio se debe, hasta que sea tiempo de tratarle como hombre. Dejadle toda su libertad para tornarle dócil; huid de él para que os busque; enalteced su alma hasta el noble afecto de la gratitud, no hablándole nunca mas que de su interés. No he querido que le dijese era por su bien lo que hacian, hasta que estuviese en estado de entenderlo, porque en esta expresion solo hubiera visto vuestra dependencia, y os habria mirado como criado suyo. Pero ahora que empieza á sentir qué cosa es querer, tambien siente lo suave del vinculo que puede estrechar á un hombre con lo que quiere; y en el celo que hace que sin cesar os afaneis por él, ya no ve la adhesion de un esclavo, sino el cariño de un amigo. Ahora bien, cosa ninguna puede tanto con el corazon humano como la voz bien conocida de la amistad; porque sabemos que siempre nos habla por nuestro interés. Podemos creer que se engaña un amigo, mas no que quiere engañarnos. Algunas veces nos resistimos á sus consejos, pero nunca los despreciamos.



Al fin entramos en el órden moral: acabamos de dar el segundo paso de hombre. Si aquí fuera lugar oportuno, probaria á demostrar cómo de los primeros movimientos del corazon se originan las primeras voces de la conciencia, y cómo de los afectos de amor y odio nacen las primeras nociones del bien y el mal. Hiciera ver que *justicia* y *bondad* no solo son palabras abstractas, meros seres morales formados por el entendimiento, sino verdaderas afecciones del alma iluminada por la razon, y que solo son un progreso coordinado de nuestras primitivas afecciones; que no es posible establecer ninguna ley natural por la razon sola, y sin acudir á la conciencia; y que es fantástico todo el derecho de la naturaleza, si no va fundado en una necesidad natural en el corazon humano (1). Pero considero que no debo componer aquí tratados de metafísica y moral, ni cursos de estudio de ningun género; bástame con señalar el órden y el progreso de nuestras sensaciones y conocimientos con relacion á nuestra naturaleza. Otros acaso demostrarán extensamente lo que yo no hago mas que indicar.

No habiendo mi Emilio contemplado hasta ahora mas que á sí propio, la primer mirada que pone en sus semejantes, le incita á compararse con ellos, y el primer afecto que excita en él esta comparacion, es an-

(1) Ni aun el precepto de obrar con otro como quisiéramos que obraran con nosotros, tiene otro fundamento verdadero que el sentimiento y la conciencia; porque ¿qué razon exacta milita para obrar, siendo yo, como si fuera otro, con especialidad estando moralmente cierto de no hallarme nunca en caso idéntico? ¿Y quién me dice que con seguir puntualmente esta máxima, haya de lograr que tambien la sigan conmigo? El malo se aprovecha de la probidad del justo y de su propia injusticia; y tiene mucha satisfaccion en que sea justo todo el mundo menos él. Digan lo que quieran, este convenio no es muy ventajoso para los hombres de bien. Empero, cuando me identifica con mi semejante la fuerza de un alma expansiva, cuando me siento, por decirlo así, en él, por no padecer yo, no quiero que él padezca; me interesa él por mi amor, y se halla la razon del precepto en la misma naturaleza que me inspira el deseo de mi bienestar, do quiera que sienta mi existencia. De donde infiero que no es cierto estriben los preceptos de la ley natural en sola la razon, y que tienen mas sólido y seguro cimiento. El principio de la justicia humana es el amor de los hombres derivado del amor de sí mismo. El Evangelio cifra el compendio de toda la moral en el sumario de la ley.

helar el primer puesto. Este es el punto en que se convierte el amor de sí en amor propio, y empiezan á brotar todas las pasiones que con este tienen conexión. Mas para resolver si entre estas pasiones las que en su carácter hayan de dominar han de ser blandas y humanas, ó crueles y dañadoras; si han de ser de benevolencia y conmiseracion, ó de codicia y envidia, es necesario saber en qué sitio se reconocerá entre los hombres, y que género de estorbos creará necesita remover para colocarse en el lugar que pretende ocupar.

Para guiarle en esta investigacion, habiéndole ya hecho ver á los hombres por los accidentes comunes de la especie, es preciso manifestárselos ahora por sus diferencias: y aquí se le debe dar á conocer la medida de la desigualdad natural y civil, y la pintura de todo el órden social.

Hay que estudiar la sociedad por los hombres, y los hombres por la sociedad: los que quieran tratar aparte la política y la moral no entenderán palabra de una ni otra. Aplicándonos primero á las relaciones primitivas, observamos la impresion que deben hacer en los hombres, y las pasiones que de ellas deben originarse, y vemos que por el progreso de las pasiones se multiplican y estrechan recíprocamente estas relaciones. No tanto la fuerza de los brazos como la moderacion de los ánimos es la que hace á los hombres independientes y libres. Aquel que pocas cosas desea, con pocas personas está conexo; pero confundiendo siempre nuestros vanos deseos con nuestras necesidades físicas, los que cimentaron la sociedad humana en estas últimas, han reputado causas los que eran efectos, y así se han descarriado en todos sus racionios.

En el estado de naturaleza hay una igualdad de hecho indestructible y real, porque no es posible que en este estado sea tan grande la mera diferencia de hombre á hombre, que constituya dependiente á uno de otro. En el estado civil hay una igualdad de derecho vana y fantástica, porque los mismos medios destinados para mantenerla sirven para destruirla; y porque agregada la fuerza pública al mas fuerte para oprimir al débil, rompe la especie de equilibrio en que nos ha-